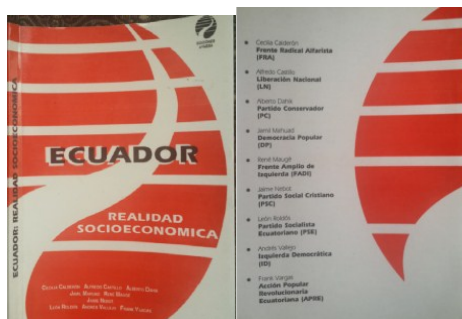


Ecuador Realidad socioeconómica

Ediciones AYMESA, mayo de 1992

Editor: Dr. Marco Lara Guzmán, Director de Asuntos Culturales de AYMESA



Dr. Alfredo Castillo Bujase

Director del Partido Liberación Nacional, candidato a Diputado Nacional por LN

Mis primeras palabras de agradecimiento para Patricio Acosta y Marco Lara que han hecho posible esta presencia que ha constituido una gran lección para mí. Yo aspiro a hacer una breve exposición sobre algunas reflexiones hechas por Liberación Nacional acerca del momento socio-económico que vive el Ecuador, pero antes no puedo dejar de decir unas palabras frente a la generosidad de Marco Lara, con quien mantenemos una amistad y una relación humana muy profunda, de respeto muy grande y ejemplar entre quienes tienen posiciones ideológicas distintas.

Una nueva condición universal

El tema sugerido es la situación socio-económica del Ecuador en este momento. En cualquier otro tiempo, un tema de esta naturaleza pudiera comenzar sin una referencia a lo universal, pero hoy la naturaleza y la historia nos han ofrecido dos universalidades en las que se vio comprometida nuestra existencia particular.

La universalidad de la naturaleza fue el eclipse que hace algún tiempo nos mostró la importancia del sol. Siempre la supimos, pero no siempre la recordamos con la fortaleza que impone a millones de hombres a mirar al sol a través de un lente ahumado y descubrir que las sombras se producen porque algo se interpone entre él y la Tierra y ese obstáculo puede enfriarla. Recordamos que somos parte de un sistema y que existe una universalidad más allá de este planeta que es nuestra casa.

En estos años, también una especie de eclipse de la historia que se inicia en 1989, produce una conmoción en la comprensión del desarrollo de la humanidad, que se lo suponía en la disputa entre dos sistemas, el capitalismo y el socialismo. De golpe se evidencia el cambio de curso de la historia humana, se muestra la presencia de fuerzas motrices nuevas en el desarrollo social y, también de golpe, aparece la unicidad del curso de la historia, no como una disputa entre dos sistemas sino como una gran contradicción entre el ayer, el hoy y el mañana.

En este eclipse de la Historia se conjugan dos gigantescos esfuerzos irrealizados: el sueño de la libertad del hombre presente en la Revolución Francesa y las esperanzas, utopías e ilusiones de la Revolución Bolchevique que insiste en responder por qué hay pobres y ricos, por qué unos pueblos son más desarrollados que otros, por qué hay amos y esclavos.

Quizás ambas revoluciones fracasaron en sus designios utópicos iniciales, pero ambas aportaron muchísimo a la moral, que es una condición fundamental para el

progreso social. La Revolución Francesa dejó vivo el reconocimiento a un sistema de organización ligado a una forma de propiedad, cuyo potencial se muestra inmenso para el desarrollo económico aún a fines del siglo XX. La revolución bolchevique dejó las grandes consignas de la paz, volvió la mirada a la naturaleza que no puede ser explotada sin considerarla parte esencial del cuerpo de la humanidad, dejó el reconocimiento de la importancia del avance de la ciencia y la tecnología y de la distribución de la riqueza como factores que contribuyesen a una igualdad de oportunidades de todas las generaciones, de todas las etnias y de todas las diferencias sociales.

Es cierto que muchas utopías e ilusiones estallaron de golpe en 1989, pero ese hecho tiene que explicarse desde el desarrollo de la ciencia y la tecnología que hizo explotar las formas de organización de la producción en lo que se denominó el campo socialista, así como las comprensiones ideológicas del desarrollo económico y de la historia en ese espacio e inició una subrepticia explosión de todos los sistemas económicos obsoletos del mundo, de todas las ideologías incapaces de contener la totalidad y la universalidad de una fuerza motriz que no solo ha cuestionado un sistema sino aquellos límites que el hombre pretendió imponer al movimiento social, al desarrollo de las fuerzas productivas, al avance de la ciencia y la tecnología.

Las tensiones de la economía mundial

Esta totalidad incide profundamente en las condiciones socio-económicas del Ecuador de este instante. Al surgir una sola economía en el mundo sus tensiones se constituyeron en demandas inapelables, por las que todo aquel que no se encuentre entre los procesos de invención, de creación, de progreso, de avance, de aquello que reclaman la ciencia y la técnica para contarse entre los vivos, inicia su agonía y desaparece, ya sea como proceso de producción socio-étnico e incluso ético.

Cuando en nuestra patria sin saberlo, sin pensarlo y sin lágrimas se sepultan etnias como la de los Sáchilas o los Chachis, ni siquiera lo comentamos. Aquellos grupos corresponden a una experiencia histórica que el colonizador llamó Cayapas o Colorados cuya tecnología alcanzó niveles que no garantizaban su reproducción cultural ni su vigencia histórica; ni el achiote ni las canoas de balsa fueron suficientes para dar vitalidad a una etnia que no pudo rebasar ese límite.

Podría ser que de la misma manera después de cien o doscientos años se separe este proceso de construcción nacional de los ecuatorianos, de los colombianos, de los haitianos o de los paraguayos.

Todo el sistema de organización social de la economía, de la política y de la ideología enfrenta una exigencia desde la economía mundial, desde sus polos fundamentales de la concentración mercantil y de producción científico-técnica. En esta confrontación se evidencia la obsolescencia de las formas económicas en lo que se denominó Tercer Mundo, de las formas ideológicas de comprensión del desarrollo social, de la estructura política de las naciones, clases, etnias y agrupaciones diversas que caben en el seno de una sociedad.

Este fenómeno hace de los procesos de integración, espacios de una lucha terrible, pero necesaria para el progreso, libertaria a largo plazo –aunque sacrificadora en lo inmediato– la del libre comercio.

La nueva economía transforma las estructuras estatales, modifica las concepciones ideológicas sobre el desarrollo social y las organizaciones políticas en todo el Tercer Mundo. Cuestiona al sector estatal de la economía, las relaciones del Estado con la sociedad, las de la política económica con las entidades empresariales y con todos los procesos de la economía no sólo con la producción y la circulación, sino también con el mercado y los niveles de control que caben sobre él. Cuestiona las formas de defensa de las nacionalidades y naciones, la significación del proteccionismo, del libre

cambio, las doctrinas económicas en su totalidad, las fuerzas motrices de la historia, el quehacer político de los estados, su dimensión, sus funciones, la organización de cada una de ellas. Cuestiona, de alguna manera, las formas de existencia de todas las clases sociales.

Este proceso también pone en el escenario de la historia a actores nuevos. Las naciones han insurgido con una fuerza muy grande en determinados momentos de la historia humana, pero nunca con la fortaleza, vitalidad y vivacidad con que lo hacen hoy, como que si se hallasen en la antesala de su extinción, en medio de un proceso de fusión mundial de las relaciones humanas.

El espectáculo, que ayer era relativamente incipiente, de las naciones europeas en su disputa económica, militar, política y cultural, que de alguna manera se había reducido en las últimas décadas a los conflictos de los vascos, los catalanes y los irlandeses, de pronto adquiere una fuerza gigantesca en lo que fue la Unión Soviética. Entonces aparecen los letones, lituanos, estonios, uzbekos, kazakos, georgianos, las disputas militares de Nagorno-Karabaj. En Yugoslavia, el problema de Croacia, de Eslovenia y su significación en el continente europeo; los pueblos indios comienzan a surgir bajo formas renovadas, con demandas, exigencias, reivindicaciones nuevas. Por primera vez se presentan como sujetos históricos y no sólo como el tablado de una historia de dominación.

Aquí incluso se cuestionan procesos noveles de la historia humana, como son las naciones de este continente llamado americano. Entonces nuestra nación ecuatoriana, la colombiana, la argentina, la peruana toman conciencia de haber vivido procesos espontáneos –como todas las naciones del mundo – cuya inconsciente conducción de la reproducción y la superación nacionales, bajo las condiciones actuales del mundo, son una amenaza para su existencia al no tener como objetivos centrales la organización de la economía, de la política, de la ideología, de la concepción de la historia, y de las relaciones interétnicas, del multiétnico pueblo ecuatoriano, por ejemplo.

Esta universalidad penetró la piel de la patria, penetró en la sangre y circula en nosotros: ya no es una universalidad exterior. En el caso de nuestro país, es imperioso pensar que esta interiorización de un fenómeno universal se convierte en una práctica específica que dota de especialísimas cualidades y condiciones al momento que vive el Ecuador de hoy.

El momento político del 92, constituye un proceso excepcional en la historia del siglo XX, gigantesco, porque esta universalidad nos llegó de golpe. La Primera Guerra Mundial demoró siete días en llegar como noticia al Ecuador; la revolución bolchevique, 48 horas; hoy en unos pocos segundos tenemos la información, incluso dolorosa, como es el caso de lo que la tecnología pudo hacer con la historia futura de un pueblo, durante la Guerra del Golfo Pérsico.

Por ello resulta imperioso advertir que este fenómeno mundial ha planteado al país una profunda modificación en los planos económico, político, ideológico, ético y una mirada nueva a la historia de la formación de la nación ecuatoriana.

El Ecuador ha sido conducido desde un poder especulador

Esto nos impone reconocer que uno de los obstáculos básicos al desarrollo ha estado dado por la política económica que condujo al Ecuador en las últimas décadas y por la función que tuvo el proteccionismo.

Si una lección he recibido en esta visita es descubrir que la industria automotriz no es falsa. El ensamblaje es uno de los procesos fundamentales para impulsar la exigencia multiplicadora del desarrollo industrial y tecnológico, la preocupación por armonizar una infraestructura capaz de ir sustituyendo determinado tipo de importaciones, de ir

imbricando esta economía con una global de la cual somos parte. Este fenómeno que se da en Aymesa, es algo de lo que el Ecuador puede exhibir en un mercado que rebase sus fronteras, exigencia que hoy impone la economía mundial a la economía nacional ecuatoriana.

A la par, quiero establecer la significación de una política económica que impidió que los procesos de renovación tecnológica de la industria en el Ecuador fuesen dictados desde una competencia libre, no aquella que conduce a la destrucción de las unidades productivas, sino la de iguales, la que estimula el desarrollo.

En nuestro país se generó un prejuicio sobre el proteccionismo ligado a la existencia de grupos de Poder que no tenían vínculos fundamentales –ni permitieron que el Estado los estableciera– con el proceso de la producción, sino con aquellos mecanismos donde lo especulativo es determinante, de manera especial a partir del momento en el cual nuestro país incursiona en la esfera del capital financiero, que no llega al Ecuador precisamente a impulsar transformaciones en la producción, sino para obtener excedentes desde procesos estrictamente especulativos. Por eso el sistema financiero ecuatoriano, que a veces agrupa a unidades independientes, tiene escasísimos niveles de relación con los procesos dinamizadores del desarrollo económico y social.

Si algo cuestiona la economía mundial hoy, es a esos sectores del poder que tienen su base en la especulación y que pudieron mantenerse gracias a un proteccionismo impulsado en nombre de un “nacionalismo” que, no siendo nacionalista, permitía la obtención de beneficios al margen de la superación tecnológica, de la elevación de la productividad del trabajo, la exigencia de niveles de calificación más altos, una competencia librada por el desarrollo tecnológico y científico desde procesos especulativos o estrictamente monopólicos.

La especulación se convirtió en un fundamento económico de conducción del poder, por el cual entre los años 70 y 80, el Ecuador creció en un ritmo tan grande como los dragones asiáticos. Ese crecimiento, ligado al incremento del Estado con una desmesura absoluta respecto de las exigencias de la productividad o la tecnología, era especulativo y el propio crecimiento del Estado era, a su vez, una necesidad política del poder especulador.

Surge un nuevo poder

Hoy, este poder especulador se ve cuestionado desde la economía mundial, parte de la cual es la iniciativa para las Américas, fenómeno internacional de gran importancia. Cuando Bush plantea como imprescindible desarrollar en el continente americano un libre comercio, no lo hace tanto desde la piedad que los pobres del sur puede despertar en los ricos del norte, cuanto desde la conciencia de que esta economía mundial única, presente en el escenario de la historia de fines del siglo XX, tiene una vanguardia en la creación de relaciones económicas novísimas, no correspondientes al nombre de capitalistas en el sentido con que se las denominó el siglo pasado.

Estas relaciones se fueron gestando en un desarrollo especial liderado por Japón, que impulsó por primera vez el tránsito del a división internacional del trabajo a la división internacional de los procesos de la producción. Esto que en nuestro país lo han recogido el derecho, la legislación y la política bajo el nombre de maquila es una forma de producción mediante división en fases que se realizan en diversos países. Este fenómeno va creando condiciones nuevas para el desarrollo y homogenización del avance técnico y productivo en todo el mundo.

Desde este sistema, Japón obtiene una gran ventaja en su capacidad negociadora a nivel internacional que, junto a la aplicación de un libre cambio controlado y a un proteccionismo también limitado, le dota de condiciones para contar con la más alta capacidad competitiva en su producto y una capacidad de negociación casi

insuperable. Japón, con menos de la mitad de la población norteamericana, ha logrado un avance de 150 años en los conocimientos científicos para la aplicación productiva en relación con el promedio de conocimientos de la humanidad en general, y de 80 años con Estados Unidos en particular, así como un sistema de organización de sus relaciones internacionales a través del cual impulsa alianzas políticas esenciales para el desarrollo económico, con grupos de poder ligados a la producción.

La Iniciativa de las Américas quizás es una forma de conmisericordia de la administración norteamericana para consigo misma, que advierte en sus aliados del sur, a sectores cuasi parasitarios en la conducción de una política económica estrictamente ligada a la especulación, hecho que debe ser modificado no sólo por las tensiones de la economía mundial, sino también por cierta demanda de nexos mercantiles que pueden devenir en escenario del progreso.

Este fenómeno penetra nuestro país incidiendo en la articulación de nuevas relaciones de poder. Hoy, el Ecuador define su situación social desde las exigencias de una economía mundial única, transformada, que impone ciertas leyes de la naturaleza social de manera implacable, así como una relación con Estados Unidos, desde la reflexión de las condiciones que estas leyes nos imponen y que nosotros podemos articular y armonizar o simplemente sufrir.

Este proceso nos ha mostrado un profundo resquebrajamiento del poder tradicional en el Ecuador, en la forma en que se articuló desde el año 1972. La asunción de Rodríguez Lara al gobierno dejó atrás una historia de relaciones entre dos grupos de poder: terratenientes y agroexportadores; las expresiones políticas del liberalismo y el conservadurismo; formas y condiciones de lo que se ha denominado populismo, que es una condición de todo el siglo XX y de la atmósfera del Ecuador en todas las tendencias que en él existen.

Ese momento que inició el 72, comienza a concluir ahora. A partir de 1972 incursionaron con fuerza denodada los sectores financieros y empezaron a despedir históricamente a los grupos terratenientes tradicionales, y a las viejas relaciones serviles. En la actualidad va surgiendo un proceso distinto en y hacia la conducción política del Estado ecuatoriano desde nuevas fuerzas sociales. Terratenientes, agroexportadores y sectores financieros son una trilogía que empieza a sentir, desde el fondo del desarrollo social, la presión de una aspiración política hegemónica de los sectores de la producción.

Este fenómeno no es el más visible ni evidente ni inmediato. La política es un espectáculo que generalmente oculta el drama de sus actores individuales y pone en escena solo lo colectivo.

Pero tras todo el espectáculo de la actualidad, el contenido más hondo de las condiciones socio-económicas presentes está en la presión que surge desde el fondo de nuestra nación, de nuestra historia, de la conciencia social, de las exigencias de empresarios y trabajadores, de nuestros pueblos indios en demanda de que la conducción política del Ecuador, su Estado, responda a las exigencias de la producción y de la organización de un pueblo multiétnico en una nación y en un Estado únicos. La expresión de esa diversidad de intereses debe ser armonizada como fuerza plural, ideológica, social, económica y étnica y, por tanto, como fundamento de lo que puede ser una nueva democracia en el país.

Las condiciones del Ecuador nos enfrentan a la creación de un poder nuevo. Lo fue el que estuvo tras la dictadura militar del 72, de la que a veces solo queda la imagen de los uniformes y no las operaciones financieras que condujeron a un Estado distinto. Hoy surge la necesidad de un poder renovado, que ubique a la nación entre los actores de la historia capaces de competir, de negociar, de pensar como nación, de reflexionar su historia, de tener vínculos internacionales que vayan más allá del reconocimiento que la sola dimensión subregional del patriotismo latinoamericano nos

impone, que nos permita recorrer el mundo con nexos diferentes con Estados Unidos, con la Comunidad Europea, con Japón.

Precisamos de un Ecuador que tenga su frontera en el oriente con Perú y en occidente con Japón, donde la cuenca del Pacífico sea parte de nuestro pensamiento, de nuestra reflexión, donde un espacio más amplio que el territorial –hacia el cielo y hacia el fondo del subsuelo– sea un elemento que conduzca a la creación y organización de una ideología nueva.

Por un Estado vinculado a la producción

En Ecuador han caducado las viejas formas de existencia de las clases. Las viejas empresas están muriendo junto a antiguas formas de organización de los trabajadores y, a caducas formas de disputa entre los partidos políticos. Comienza a sentirse la obsolescencia de la estructura del Estado cuando se habla del sector económico estatal, de su sobredimensión, de los límites del Parlamento, de la función ejecutiva, de la judicial, de la Policía. Es tan gigantesca la transformación tecnológica del mundo, que mantenerse en los esquemas de ayer, es simple y llanamente sacrificar el futuro.

Esta caducidad de las formas de existencia de las clases y de las etnias, surgen como sujetos históricos nuevos, muestran el envejecimiento definitivo de la actual estructura del Estado ecuatoriano. Si sumamos a ellos las exigencias de un pueblo que ha reducido sus aspiraciones y utopías, advertimos que el momento socio-económico que vive nuestro país es una circunstancia crucial del cambio en su forma de existencia, la que se ha iniciado ya en las palabras, en la conciencia, en las quejas cada vez menos conservadoras. Hoy la queja clama por tener consecuencias prácticas y eso la torna en un eficaz instrumento de transformación.

Pero el pasado tiene una fortaleza muy grande, es terriblemente vengativo y despedirse de él es muy difícil. No bastarán las palabras para la transformación necesaria; son inevitables procesos de toda naturaleza para las reformas que se exigen. El Pacto Andino pondrá en acción una competencia despiadada y la lucha electoral accionará una piadosa competencia, pero la creación del nuevo Estado que reclama la economía del país y las circunstancias internacionales puede cuestionar de manera cruenta la rigidez de las actuales formas de organización social y la exagerada vigencia de una ideología que ya no puede conducir a transformaciones fundamentales.

El Estado deberá elevar su eficacia, intervenir en las esferas en las cuales la empresa privada no lo supere, desarrollar un sistema de seguridad nacional renovado, vincular al Ecuador económica y políticamente a nivel internacional de manera distinta, impulsar procesos de desarrollo de la seguridad internacional desde una política de desarme. Es preciso que el Estado sea un factor de equilibrio entre el libre cambio en la subregión y los grandes centros del mercado mundial y el proteccionismo que se demanda para el desarrollo de nuestra tecnología, de procesos educativos ligados a la producción y al desarrollo social y económico.

Necesitamos organizar un Estado nuevo. Las solas proclamas de privatización o estatización son unilaterales. Lo importante es fijar los principios desde los que aquellas puedan darse, que no pueden ser otros que los que definen el avance en la productividad del trabajo, la intervención en la creación de procesos productivos y, por otro lado, en la formulación de una normatividad jurídica que reconozca la novedad de las relaciones económicas internacionales y las transformaciones en las relaciones económicas e interétnicas del Ecuador, dentro de la estructura política de la nación.

En el plano de la política económica es imperativo cambiar las funciones del sistema financiero del Ecuador e impulsar sus nexos con el proceso de la producción. Establecer un vínculo más próximo entre el desarrollo de la agricultura y la industria en

el país, modificar totalmente la educación desde la escuela hasta la universidad y ligarla a las exigencias nacionales del desarrollo productivo.

El Banco Central ha sido un factor de desarrollo muy importante, responsabilizarlo de los límites que tiene el sistema financiero es una forma de ocultamiento de las responsabilidades y límites, por no decir delitos, de otros sectores. Pero, sin duda, esta institución debe ser hondamente modificada.

El problema de la inflación no reside en la burocracia, posee vertientes básicas que deben advertirse en una determinación internacional. Los procesos de integración y la nueva economía mundial van a imponer la liberación de precios en un proceso tormentoso para los pueblos y para las unidades empresariales que no tengan capacidad para enfrentarlo. Si en el Ecuador la gasolina tiene un precio, en Perú otro y otro distinto en Colombia o Venezuela, ello tendrá que irse nivelando; hay un juego de vasos comunicantes en los precios y un proceso inflacionario a nivel mundial que penetra nuestra economía. Por eso, desde un nivel de descontrol del Estado de los procesos de generación de medios de pago, un país como el nuestro, que en el plano económico es de poca significación a nivel internacional, puede ser objeto de cualquier arbitrariedad por parte de un administrador como el Fondo Monetario Internacional. En esas condiciones, la inflación en el Ecuador será durante mucho tiempo inevitable, a lo que se suma la presencia de un sector especulador-financiero en el manejo de la política monetaria, que muchas veces ha estimulado procesos inflacionarios o de contención en función de demandas especulativas y no productivas.

Los grandes objetivos nacionales

Es imprescindible liberarnos del subdesarrollo, de un movimiento solo espontáneo de la nación, de relaciones de profunda injusticia que existen en nuestro país, como los nexos de la nación en su conjunto con los pueblos indios. Necesitamos liberarnos de una ubicación internacional oprobiosa, que no entrega al Ecuador elementos de estímulo al desarrollo, sino que lo reduce a una reproducción del atraso en el plano económico, ideológico y cultural.

Tenemos que superar una forma de relación económica internacional, que ha supuesto no la inversión extranjera imprescindible para el país como vehículo de traslación de tecnología, sino el simple asiento contable, base para el crecimiento de la deuda externa que, sin bien no es la causa del atraso, es su consecuencia más evidente.

Internamente sufrimos formas de existencia ideológica que hacen de las relaciones entre ecuatorianos relaciones de represión, de discriminación social, étnica, cultural y sexista.

Demandamos liberarnos de la ignorancia, sobre todo cuando ésta se vuelve tan sólida y orgullosa como puede serlo en algunos niveles del Estado. Hay que suprimir falsas formas de orgullo nacional, falsas libertades, falsas autonomías, falsos procesos educativos y reconocer lo necesario como forma de libertad en todo el quehacer económico, social y político del Ecuador.

Internacionalmente precisamos llevar adelante relaciones distintas con América Latina, la Comunidad Europea, Japón, Estados Unidos. Y, sólo para escuchar qué es lo que debemos cambiar, oigamos al presidente Bush cuando plantea la iniciativa para las Américas y proclama la condonación del 70% de la deuda estatal de los países latinoamericanos. Aquí lo importante no es tanto la cantidad, cuanto la calidad de esa condonación, pues proclama el reconocimiento del carácter político de la deuda como obstáculo para el desarrollo. Por ello debemos impulsar la reflexión sobre esas relaciones e incluso una profunda discusión nacional.

El capitalismo demuestra un gran potencial de existencia en el globo, pero en el Ecuador este capitalismo subdesarrollado es un obstáculo para el progreso y exige crear formas de acción del capital forzosamente nuevas, tipos de propiedad cuyos estudios prometan estimular el avance de la ciencia y la tecnología.

Nuestras unidades de producción, las que generan alimentos, todavía trabajan con un mayordomo y un látigo, subsisten empresas que son verdaderos centros de oprobio y aparatos supuestamente financieros que son espacios de la más clara corrupción, allí nadie gana más que lo que los demás pierden.

Los trabajadores juegan un papel importantísimo para el desarrollo, su presencia aporta una noción de progreso al movimiento social de manera definitiva y una organización laboral es siempre una palanca del desarrollo económico. Las empresas donde existen reales relaciones capitalistas y de competencia no tienen temor al incremento de trabajadores. Creer que su prosperidad radica en evitar la constitución de sindicatos, es desconocer la importancia de los trabajadores, olvidar que tanto ellos como los empresarios tienen obligaciones fundamentales con la nación, que van más allá de los intereses del beneficio o del salario.

La nación precisa de empresas capaces de sobrevivir en un mundo competitivo como es el que hemos empezado a enfrentar.

Es imprescindible que las reformas laborales estén acompañadas de reformas al derecho societario; aquellas no pueden ser una excusa para no tratar la ausencia de procesos de tecnificación en las empresas, en la administración y el avance de una capacidad gerencial, fuera de lo cual es imposible pensar en el desarrollo de una unidad productiva.

Las transformaciones laborales y societarias deberán asentarse en la productividad del trabajo, principio básico que es la fuente de todos los derechos reales y a ello deben comprometerse todos los sectores de la economía en el país.

Para superar todos estos límites, vale la creación de una fuerza de la nación que sea ideológicamente plural, que armonice los intereses de empresarios y trabajadores renovados en conjunto, y que escuche las demandas de los pueblos indios, las reivindicaciones como un factor esencial de reorganización de la economía del Estado ecuatoriano.

Cuando la OPIP –Organización de los pueblos indios de Pastaza– presentó al presidente Borja una solicitud de territorialidad, se produjo una gran conmoción en el escenario político ecuatoriano. Se dijo que esa reivindicación era imposible, que el territorio ecuatoriano contaba exclusivamente con la soberanía del pueblo y el Estado y que la petición de territorialidad era un intento de constituirse en otro Estado, rompiendo la unidad del actual.

Esto evidenció que el Estado ecuatoriano, como organización política de la nación, se estructuró en 1830 bajo la consideración de que en esta tierra no había indios, aunque entonces se hablaran muchos idiomas –de los que para fines del siglo XIX restaban aún algunos– y demostró que el Estado actual tampoco es un representante de la diversidad étnica de nuestro pueblo, sino de una supuesta unidad de la Nación carente de los matices de diferencias internas, desconocedora de la demanda de organizar la unidad en la armonía de la multiplicidad étnico-nacional.

Pero la territorialidad es una exigencia étnico-nacional presente en muchas partes del mundo. Pocas semanas después, le fue concedida a los pueblos indios de determinadas zonas en Bolivia y es una reivindicación reconocida en Francia, a los bretones y a los vascos, en España a sus diversas nacionalidades.

En nuestro caso sería simplemente la aceptación de un espacio para la reproducción de costumbres, de vínculos familiares, tribales, culturales y, al mismo tiempo, de

protección de la naturaleza, fuera de la cual tantas etnias van a su extinción de manera definitiva.

Delimitación fronteriza que una a Ecuador y Perú

Buscar una solución al problema limítrofe con el Perú exige la comprensión de que el territorio de los pueblos del mundo ha cambiado en la historia particular de cada uno de ellos creciendo o reduciéndose, que es imprescindible elevar el patriotismo ecuatoriano hasta las dimensiones del territorio que ocupa su pueblo y alcanzar una delimitación definitiva con Perú, que permita al Ecuador un acceso al Marañón, un cierre pacífico de la frontera y consagre los esfuerzos de la defensa al impulso del desarrollo.

Ni el sueño de volver a Iquitos o a la ribera del Amazonas ni la exclusiva tesis de la nulidad del Protocolo son suficientes para alcanzar un anhelo del pueblo ecuatoriano más ligado a su futuro que a su pasado. Se abre paso en el Ecuador un patriotismo verdadero que clama por una frontera para disponer de una superficie territorial segura.

La propuesta hecha por Rodrigo Borja ante la Asamblea General de las Naciones Unidas fue de gran trascendencia para nuestra Nación. Persuadió al conjunto de naciones del mundo y activó a las de América Latina y a Estados Unidos en pos de un tratamiento del diferendo. La paz, la seguridad y el desarrollo en América Latina no se resuelven solo en su generalidad, sino en las relaciones particulares entre sus Estados.

La contrapropuesta del Presidente peruano mantiene todas las protecciones presentes en la propuesta del Presidente ecuatoriano, pero en ella se encierra un matiz que modifica la tradicional posición del Perú. De igual manera que en la propuesta ecuatoriana hay un tono que modifica el planteamiento tradicional del Ecuador.

El arbitraje papal es un objetivo hacia el cual podemos acudir transitando por etapas, incluso aceptando la participación de los garantes en una delimitación que integra a nuestros países. Por ello planteamos:

1. Fijar una zona existente que sea el marco geográfico real para la delimitación de la frontera común.
2. Formular un acuerdo de paz, limitación del armamentismo y desarme.
3. Crear una frontera que tenga vida económica real, impulsando proyectos económicos sociales integrados.
4. Tratar las cuestiones étnico-culturales que involucren la acción de los dos Estados.
5. Proclamar conjuntamente la necesidad de que la acción de los Estados amazónicos y el interés del mundo hacia esa región se oriente a su protección ecológica.

Una fuerza de la nación ideológicamente plural

La inexistencia de fuerzas ideológicamente plurales está convirtiéndose en el germen de una necesidad, es decir, el reclamo de la presencia plural de fuerzas políticas, incluso de partidos donde quepan diversas opciones, puntos de vista, diferencias, múltiples intereses; donde la política reclame ser causa y consecuencia del desarrollo social antes que de la ideología; donde la doctrina no pretenda imponer una naturaleza a la realidad, sino descubrir la naturaleza de la realidad.

La dificultad de llegar a un acuerdo entre partidos nace de un sistema político que lo impide. Tanto la Ley de Partidos como la Ley de Elecciones y el hábito sectario de

suponer a la verdad como propiedad de cada partido, obstaculizan acuerdos ideológicamente plurales.

El subdesarrollo es la condición determinante de la imposibilidad de comunicación entre muchas de las organizaciones políticas. La inmadurez de la estructura social se expresa también en la inmadurez de los partidos políticos.

Además, para llegar a una unidad, no basta la declaración de un anhelo, es necesario reconocer el problema en la esfera del poder.

Hay que cambiar el poder en el Ecuador, que los procesos de la producción tengan expresión política y asuman la hegemonía del Estado para conducir su reestructuración y el proceso de organización social

Los acuerdos entre fuerzas muy diferenciadas son posibles, porque el reconocimiento de intereses mutuos hace viable la creación de un espacio para esa diferencia.

En el siglo XIX, la izquierda era los partidos de los jacobinos y la derecha, de los girondinos; la Revolución Bolchevique modificó esta división y creó otra: los partidarios del socialismo eran la izquierda y los partidarios del capitalismo eran la derecha. En el año 89, la transformación que lleva el nombre de perestroika —que es el fin y el límite del socialismo como forma de organización económica, social y estatal—, al suprimir ese referente de la izquierda, volvió inútiles tales adjetivos.

Por otro lado, el marxismo es una de las formas gigantescas del pensamiento, pero es solo una que, como todas las que han existido, va ampliando esa montaña del pensamiento humano de la que todos los enorgullecemos y va relativizándose con el progreso, al igual que toda creación humana.

Hoy surgen parámetros nuevos, el mapa político mostrará relaciones distintas, formas de alianza y de armonización de intereses diferentes. De esa novedad puede surgir la esperanza de un Estado distinto, de una reestructuración estatal congruente con las demandas del desarrollo y de una reorganización social que es imperativa para el avance económico. Por esto, Liberación Nacional se ubica básicamente como un partido de la Nación.

Es imprescindible que la Nación sea un objeto de reflexión política y no sólo de acceso inconsciente, ésta sólo puede sobrevivir desde el desarrollo y, de manera especial, desde el avance de la producción en el Ecuador.

Eso impone una profunda modificación en la estructura del Estado, en las relaciones y formas de existencia de las agrupaciones políticas, sociales y étnicas del país, porque desde los sindicatos, las cámaras, los partidos y el Estado hasta las formas religiosas de conducción ideológica han sido sometidas a la exigencia de su transformación. Por eso es necesario comenzar a nombrar de manera distinta a las organizaciones políticas y no acudir a viejas definiciones que ocultan intereses y realidades no asumidos.

Es preciso que en el Ecuador se desarrolle una ideología que brote de la historia libertaria de este pueblo, que contiene los siglos de la Colonia y los casi dos siglos de la República, fundamentales en un combate por superar la dependencia política, el atraso, el subdesarrollo, lacerantes formas de existencia social y estatal del pueblo ecuatoriano.